

15 céntimos el número



SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 24 Diciembre de 1892

Núm. 30

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.ª, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



Dios y el hombre

Niño Dios, ¿quién os da guerra?
¿quién os hace así llorar?
—Amorés me han de matar;
por ellos vengo á la tierra.
—Si venís preso de amor,
¿cómo estáis, mi Dios, llorando?
—Estoy me considerando
las ansias del pecador.
—Muy gran misterio se encierra,
mi Dios, en vuestro llorar.
—Sí, que amor me ha de matar,
y por él vengo á la tierra.
—Frio, lágrimas, nobleza
tenéis, mi Dios, soberano.

—Por dar al linaje humano
calor, placer y riqueza.
—Amor, mi Dios, os destierra,
amor os trajo á penar,
amor os hace llorar,
amor os tiene en la tierra.
—Por amor vengo del cielo,
do estoy con mi tierno Padre,
y de la Virgen mi Madre
por amor nazco en el suelo.
Amores me hacen guerra,
y me hacen tanto amar,
que al cabo me han de matar,
pues me han traído á la tierra.

UBEDA.



SUMARIO

Texto.— Dios y el hombre (poesía), por ÚBEDA. — Crónica, por B. — La nochebuena del poeta, por PEDRO A. de ALARCÓN. — En la Natividad de Cristo (poesía), por RAMÍREZ PAGÁN. — Parsifal de Ricardo Wagner (continuación), traducido directamente del alemán por E. DE MIER. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos. — Advertencias.

Grabados.— ¡Santa noche! cuadro de J. SCHRADER. — El viejo músico.

Crónica

CONFORME anunciábamos ya en la anterior *Crónica*, realizóse en nuestra patria el cambio político que ha conducido al partido liberal al poder. El señor Sagasta, tras de entrevistas y conferencias con los posibilistas, que hicieron probable en algunos momentos la entrada en el ministerio de los señores Abarzuza y Almagro, constituyó al fin gabinete, en el cual figuran, entre otros ministros, el marqués de la Vega de Armijo en Estado, Montero Ríos en Gracia y Justicia, Gamazo en Hacienda y López Domínguez en Guerra. Ante la división originada en el partido conservador, el señor Cánovas del Castillo quiso reunir las huestes con que podía contar al intento de reorganizar el partido, cuya dirección en tales momentos guardaba más que nunca. Los señores Silvela y Villaverde, que habían sido causa inmediata de la escisión — porque la mediata arranca del reingreso del señor Romero Robledo en el partido capitaneado por el señor Cánovas — manifestaron que renunciaban los cargos que se les habían conferido en el Círculo, y expusieron además, con mayor ó menor claridad, su propósito de renunciar á la política. Las consecuencias de lo ocurrido no pueden tocarse ahora, pero á buen seguro se tocarán en lo venidero. Aparte de las dificultades que hayan de vencerse para dar fuerte cohesión al partido conservador, todo el mundo ve ya los embarazos con que habrá de luchar el señor Sagasta para llevar adelante sin tropiezos la nave del Estado. Quedaban pendientes del acuerdo de las Cortes la ley de aumento de las tarifas en los ferrocarriles, de suma necesidad para que estas útiles empresas no se encuentren en situación apurada, de la cual les sea difícilísimo salirse, y además la aprobación del empréstito, más indispensable todavía para regular la situación financiera, que tal como se halla puede traernos graves compromisos. Necesitábase pronto el empréstito, pero como el señor Sagasta tendrá que disolver las Cortes, antes que se reúnan las nuevas, después de las elecciones consiguientes, se pasarán forzosamente algunos meses. ¿Cómo arreglará todo esto el jefe del partido liberal? El tiempo nos lo dirá; pero entretanto, ajenos á las pasiones políticas, no podemos menos de lamentar que por una serie de concausas se haya producido una crisis que nada bueno puede procurar á los verdaderos intereses nacionales.

* * *

Por todos lados se siente agitada esta vieja Europa. Alemania, que había sido hasta muy recientemente una de las naciones más tranquilas, con vida casi patriarcal,

experimenta hoy también la fiebre que agota las fuerzas de todos los pueblos. Por un lado, cuestiónase allí por causa de la ley militar; por otra, las revelaciones de Ahlwardt descubren que la podredumbre también se ha desarrollado en aquel poderoso imperio. La ley militar, que ha de producir el aumento del contingente en el ejército, es muy combatida por los que, teniendo en cuenta que desde 1870 Alemania ha gastado doce mil millones para su ejército, entienden que es ocasión de poner término á estos espantables gastos. A esto oponen los defensores del proyecto, que, según es sabido, cuenta con la aprobación del emperador Guillermo II, que la próxima guerra es lo desconocido para todo el mundo, que no se puede juzgar de sus resultados probables por los que dieron las guerras pasadas, hechas en condiciones muy distintas, y que ninguna potencia tiene el derecho de contar con una superioridad moral imaginaria para dormirse sobre sus laureles. Los que tal sostienen, añaden que el único factor con el cual puede contarse es el número de soldados. Pues bien, dado que la triple alianza tiene, en pie de paz, menos hombres que Rusia y Francia reunidas... la conclusión se saca por sí misma. En realidad la amenaza persistente de la guerra es la causa de que hayan de sostenerse ejércitos permanentes que acabarán con los recursos de las naciones más ricas. Mientras la situación europea no se despeje, y trazas lleva de que tardará mucho en despejarse, es excusado pensar en reducir los gastos por ejércitos y material de guerra.

* * *

La cuestión Ahlwardt apasiona igualmente los ánimos en Alemania, como lo hemos indicado antes. Ahlwardt, antisemita, denunció que de los 400,000 fusiles Løwe adquiridos para el ejército alemán, mucho más de la mitad de ellos eran inservibles, por las malas condiciones de fabricación. El denunciador apoyó su aserto aduciendo el testimonio de jefes del ejército que manifestaban la inutilidad ó poco menos de aquellos fusiles. Imagínese el escándalo que esto produjo, ya que en realidad de verdad acusaba un fondo de corrupción de que se había librado el imperio alemán. En esto Ahlwardt se presentó candidato para el *Reichstag*, y fué elegido por gran mayoría, mientras que por sus denuncias se le llevaba ante los tribunales, que á la postre le condenaron á algunos meses de prisión. Un periódico de Roma dice á este propósito: «El caso del antisemita revolucionario Ahlwardt se considera en toda Alemania como un escándalo y como un signo de decadencia moral. Ahlwardt no es un mero antisemita, es un demagogo. En todos los partidos, en Francia, en Austria, en Hungría y en Rusia, el antisemitismo es una de las formas de la cuestión social y una reacción contra la organización del día, y esto explica su prestigio y su popularidad. Por medio de Ahlwardt el antisemitismo se convierte en Alemania en servidor de la anarquía, de la corrupción y de una ambición malsana. Pues bien, este caso demuestra que el pueblo está descontento, que sufre por razón de los impuestos y de las cargas militares y que el gobierno le parece duro é inexperto. Es una rebelión tácita contra el militarismo y contra la confusión. De ahí que unos se lancen al socialismo, y otros menos radicales al antisemitismo. Es el preludio de la descomposición de todos los partidos puramente políticos.» Lo que dice de Alemania el periódico romano ¿no podría aplicarse á otras varias naciones? Añadamos, para probar la trascendencia que tarde ó temprano ha de tener el asunto

Ahlwardt, que éste, en una de las audiencias del tribunal que había de juzgarle, presentó seis documentos, en apoyo de su denuncia, sobre cuyo carácter oficial dijo el fiscal que no podía abrigarse duda alguna, y que sólo podían haber llegado á manos del acusado por un marcado abuso de confianza. Díjose después que eran cartas de elevados personajes sobre el asunto Løwe, cartas sus-traídas por los amigos de Ahlwardt; mas fuese cual fuese el carácter de los documentos, se deduce con bastante claridad que han existido irregularidades en la fabricación y adquisición de aquellos fusiles.

* * *

Y sigue apareciendo á la superficie en lo del canal de Panamá el cieno que hasta ahora había podido mantenerse oculto. Dióse con la lista de los cheques que para ganar á distintos personajes en favor de la Compañía se distribuyeron á su tiempo, algunos de la friolera de un millón de francos y otros de 150,000, 100,000, 80,000, etc. Diputados, senadores, periodistas, según ya dijimos, cobraron aquellas sumas, y no tuvieron escrúpulo en ensalzar una empresa que fué siempre una quimera, y en atraer á los incautos á quienes cegó el cebo de ganancias considerables. Por cierto que con esta información se ha dado un caso, que á ser cierto, y á la verdad hasta ahora no ha sido desmentido, no puede ser más edificante ni más doloroso para la reputación de la prensa parisiense. M. Arturo Meyer, israelita y director de *Le Gaulois*, incoó un proceso contra M. Rossignol, por haber expresado éste ante la Comisión de información que el citado periódico sólo había recibido 15,000 francos de la Compañía de Panamá. «*Le Gaulois* recibió mucho más —dijo—y equivale á rebajar el valor de mi periódico el afirmar que había recibido tan poco, mientras que *Le Figaro* recibió, según se indica, 150,000 francos.» Tras de lo cual M. Arturo Meyer reclama de M. Rossignol 20,000 francos en concepto de daños y perjuicios. Es el colmo del cinismo. Desdichada sociedad la que ha de vivir en medio de semejantes hombres y de semejantes cosas.

* * *

La popularidad, algo efímera, del ex-alcalde de Madrid, marqués de Cubas, movió al alcalde de Aguilar (Córdoba), á remitirle una letra de quinientas pesetas con súplica de que las invirtiera en un billete de la lotería de Navidad, «teniendo en cuenta lo que representaba el nombre de la primera autoridad municipal de la Corte.» El señor marqués de Cubas se apresuró á satisfacer los deseos del alcalde andaluz, quien imaginaria haber asegurado con tal intervención que le tocaría el premio gordo. En él habrán soñado en estos días la mayoría de los españoles y aún no pocos extranjeros, como ocurre todos los años en la misma época. No es malo nunca encontrarse con un piquillo inesperado, pero es cosa de no dejarse tentar por la lotería, que al fin es juego y no otra cosa. Sin que dejemos de desear á nuestros lectores la fortuna material, quisiéramos para todos ellos en las Navidades de 1892 bendiciones colmadas del Cielo, que de veras procuran la tranquilidad, el bienestar y la dicha.

B.

La Nochebuena del poeta

«En un rincón hermoso
de Andalucía
hay un valle risueño...
¡Dios lo bendiga!
Que en ese valle
tengo amigos, amores,
hermanos, padres.»

(De *El Látigo*).

I

HACE muchos años—; como que yo tenía siete!—que al oscurecer de un día de invierno, y después de rezar las tres Ave-Marías al toque de oraciones, me dijo mi padre con voz solemne:

—Pedro: esta noche no te acostarás á la misma hora que las gallinas; ya eres grande, y debes cenar con tus padres y con tus hermanos mayores. Esta noche es *Nochebuena*.

Nunca olvidaré el regocijo con que escuché aquellas palabras.

¡Yo me acostaría tarde!

Dirigí una mirada de desprecio á mis otros hermanos más pequeños que yo, y me puse á discurrir el modo de contar en la escuela, al otro día del de Reyes, aquella primera aventura, aquella primera disipación de mi vida.

II

Eran ya *las Ánimas*, como se dice en mi pueblo.

¡En mi pueblo: á noventa leguas de Madrid; á mil leguas del mundo; en un pliegue de Sierra-Nevada!

¡Aún me parece veros, padres y hermanos!—Un enorme tronco de encina chisporroteaba en medio del hogar; la negra y ancha campana de la chimenea nos cobijaba; en los rincones estaban mis dos abuelas, que aquella noche se quedaban en casa á presidir la ceremonia de familia; en seguida se hallaban mis padres; luego nosotros, y entre nosotros los criados...

Porque, en aquella fiesta, todos representábamos la *Casa*, y á todos debía calentarnos un mismo fuego.

Recuerdo, sí, que los criados estaban de pie, y las criadas acurrucadas ó de rodillas. Su respetuosa humildad les vedaba ocupar asiento.

Los gatos dormían en el centro del círculo, con la rabadilla vuelta al fuego.

Algunos copos de nieve caían por el cañón de la chimenea, ¡por aquel camino de los duendes!...

¡Y el viento silbaba á lo lejos, hablándonos de los ausentes, de los pobres, de los caminantes!

Mi padre y mi hermana mayor tocaban el arpa, y yo les acompañaba, á pesar suyo, con una gran zambomba que había fabricado aquella tarde con un cántaro roto.

¿Conocéis la canción de los *Aguinaldos*, la que se canta en los pueblos del lado oriental del picacho de Veleta?

Pues á esa música se redujo nuestro concierto.

Las criadas se encargaron de la parte vocal, y cantaron coplas como la siguiente:

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad;
saca la bota, María,
que me voy á emborrachar.

Y todo era bullicio, todo contento; los roscos, los matcados, el alajú, los dulces hechos por las monjas, el rosoli, el aguardiente de guindas circulaban de mano en mano... Y se hablaba de ir á la Misa del Gallo á las doce de la noche, y á los *Pastores* al romper el alba, y de hacer sorbete con la nieve que tapizaba el patio, y de ver el *Nacimiento* que habíamos hecho los muchachos en la torre...

De pronto, en medio de aquella alegría, llegó á mis oídos esta copla, cantada por mi abuela paterna:

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

A pesar de mis pocos años, esta copla me heló el corazón.

Y era que se habían desplegado súbitamente ante mis ojos todos los horizontes melancólicos de la vida.

Fué aquél un rapto de intuición impropia de mi edad; fué un milagroso presentimiento; fué un anuncio de los inefables tedios de la poesía; fué mi primera inspiración... Ello es que ví con una lucidez maravillosa los trístimos destinos de aquellas tres generaciones allí reunidas y que constituían mi familia. Ello es que mis abuelas, mis padres y mis hermanos me parecieron un ejército en marcha, cuya vanguardia entraba ya en la tumba, mientras que la retaguardia no había acabado de salir de la cuna.

¡Y aquellas tres generaciones componían un siglo! ¡Y todos los siglos habían sido iguales! ¡Y el nuestro desaparecería como los otros, y como todos los que vinieran después!...

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va...

Tal es la implacable monotonía del tiempo, el péndulo que oscila en el espacio, la indiferente repetición de los hechos contrastando con nuestros leves años de peregrinación por la tierra...

¡Y nosotros nos iremos
y no volveremos más!

¡Concepto horrible, sentencia cruel, cuya claridad terminante fué para mí como el primer aviso que me daba la muerte, como el primer gesto que me hacía desde la penumbra del porvenir!

Entonces desfilaron ante mis ojos mil *Nochebuenas* pasadas, mil hogares apagados, mil familias que habían cenado juntas y que ya no existían; otros niños, otras alegrías, otros cantos perdidos para siempre; los amores de mis abuelas, sus trajes abolidos, su remota juventud, los recuerdos que les asaltarían en aquel momento; la infancia de mis padres, la primera *Nochebuena* de mi familia; todas aquellas dichas de mi casa anteriores á mis siete años... Y luego adiviné, y desfilaron también ante mis ojos mil *Nochebuenas* más, que vendrían periódicamente, robándonos vida y esperanza; alegrías futuras en que no tendríamos parte todos los allí presentes;— mis hermanos, que se esparcirían por la tierra; nuestros padres, que naturalmente morirían antes que nosotros; *nosotros* solos en la vida; el siglo XIX sustituido por el siglo XX; aquellas brasas hechas ceniza; mi juventud evaporada, mi ancianidad, mi sepultura, mi memoria póstuma, el olvido de mí; la indiferencia, la ingratitud con que mis nietos vivirían de mi sangre, reirían y gozarían cuando los gusanos profanaran en mi cabeza el lugar en que entonces concebía todos aquellos pensamientos...

Un río de lágrimas brotó de mis ojos. Se me preguntó por qué lloraba, y como yo mismo no lo sabía, como no podía discernirlo claramente, como de manera alguna hubiera podido explicarlo, interpretóse que tenía sueño y se me mandó acostar...

Lloré, pues, de nuevo con este motivo, y corrieron juntas, por consiguiente, mis primeras lágrimas filosóficas y mis últimas lágrimas pueriles, pudiendo hoy asegurar que aquella noche de insomnio, en que oí desde la cama el gozoso ruido de una cena á que yo no asistía por ser demasiado niño (según se creyó entonces), ó por ser ya demasiado hombre (según sospecho yo ahora), fué una de las más amargas de mi vida.

Al cabo debí de dormirme, pues no recuerdo si quedaron ó no en conversación la Misa del Gallo, la de los Pastores y el sorbete proyectado.

III

¿Dónde está mi niñez?

Paréceme que acabo de contar un sueño.

¡Qué diablo! ¡Ancha es Castilla!

Mi abuela paterna, la que cantó la copla, murió hace ya mucho tiempo.

En cambio, mis hermanos se casan y tienen hijos.

Aquel arpa de mi padre rueda entre los muebles viejos rota y descordada.

Yo no ceno en mi casa hace algunas *Nochebuenas*.

Mi pueblo ha desaparecido en el océano de mi vida, como el islote que se deja atrás el navegante.

Yo no soy ya aquel Pedro, aquel niño, aquel foco de ignorancia, de curiosidad y de tristeza que penetraba temblando en la existencia.

Yo soy ya... nada menos que un hombre, un habitante de Madrid, que se arrellana cómodamente en la vida, y se engríe de su amplia independencia, como soltero, como novelista, como voluntario de la orfandad que soy, con patillas, deudas, amores y tratamiento de *usted*!!!

¡Oh! Cuando comparo mi actual libertad, mi ancho vivir, el inmenso teatro de mis operaciones, mi temprana experiencia, mi alma templada y descubierta como un piano en noche de concierto, mis atrevimientos, mis ambiciones y mis desdenes con aquel rapazuelo que tocaba la zambomba hace quince años en un rincón de Andalucía, sonrío me por fuera, y hasta lanzo una carcajada que considero de buen tono, mientras que mi solitario corazón destila en su lóbrega caverna, procurando que no la vea nadie, una lágrima pura de infinita melancolía.

¡Lágrima santa, que un sello de franqueo lleva al hogar tranquilo donde envejecen mis padres!

IV

Conque vamos al negocio; pues, como dicen los muchachos por esas calles de Dios:

Esta noche es Nochebuena
y no es noche de dormir,
que está la Virgen de parto
y á las doce ha de parir.

¿Dónde pasará la noche?

Afortunadamente, puedo escoger.

Y si no, veamos.

Estamos á 24 de Diciembre de 1855 en Madrid.

Conocemos por sus nombres á los mozos de los cafés.

Tratamos tú por tú á los poetas aplaudidos—semi-dioses, por más señas, para los aficionados de lugar.



En la Natividad de Cristo

Las palmas de la fértil Idumea
 más que cedros del Líbano han crecido;
 ejércitos del cielo han parecido
 en valle, en monte, en risco y en aldea.

La noche más que el día hermosea,
 y en el aire estas voces se han oído:—
 «Id, pastores, al niño que ha nacido;
 ved al que cielo y tierra señorea.»

Apriesa vienen y á Bethlem llegados,
 es el portal de ángeles un coro
 de música, de gloria y armonía.

Adoran por el suelo derribados
 al sacro santo y virginal tesoro,
 al poderoso Infante y á María

RAMÍREZ PAGÁN.

Visitamos los teatros por dentro, y los autores y los cantantes nos estrechan la mano entre bastidores.

Penetramos en la redacción de los periódicos, y estamos iniciados en la alquimia que los produce.

Hemos visto los dedos de los cajistas tiznados con el plomo de la palabra, y los dedos de los escritores tiznados con la tinta de la idea.

Tenemos entrada en una tribuna del Congreso, crédito en las fondas, tertulias que nos aprecian, sastré que nos soporta...

¡Somos felices! Nuestra ambición de adolescente está colmada. Podemos divertirnos mucho esta noche. Hemos tomado la tierra. Madrid es país conquistado. ¡Madrid es nuestra patria! ¡Viva Madrid! Y vosotros, jóvenes provincianos, que al crepúsculo de la tarde, en el otoño, solitarios y tristes, sacáis á pasear por el campo vuestros impotentes deseos de venir á la corte; vosotros, que os sentís poetas, músicos, pintores, oradores, y aborrecéis vuestro pueblo, y no habláis con vuestros padres, y lloráis de ambición, y pensáis en suicidaros... vosotros... ¡rentad de envidia, como yo reviento de placer!

V

Han pasado dos horas.

Son las nueve de la noche.

Tengo dinero.

¿Dónde cenaré?

Mis amigos, más felices que yo, olvidarán su soledad en el estruendo de una orgía.

—¡La noche es de vino! exclamaban hace poco.

Yo no he querido ser de la partida. Yo he atravesado ya, sin ahogarme, ese mar Rojo de la juventud.

—La noche es de lágrimas, les he contestado.

Mis tertulias están en los teatros. ¡Los honrados madrileños celebran la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo oyendo disparatar á los comediantes!

Algunas familias, en las que soy un extranjero, me han querido dar la limosna de su calor doméstico convidándome á comer, —¡porque ya no cenamos!...— Pero yo no he ido; yo no quiero eso; yo busco mi cena pascual, la colación de *Nochebuena*, mi casa, mi familia, mis tradiciones, mis recuerdos, las antiguas alegrías de mi alma... ¡la religión que me enseñaron cuando niño!

VI

¡Ah! Madrid es una posada.

En noches como esta se conoce lo que es Madrid.

Hay en la corte una población flotante, heterogénea, exótica, que pudiera compararse á la de los puertos francos, á la de los presidios, á la de las casas de locos.

Aquí hacen alto todos los viajeros que van de paso al porvenir, al reino fantástico de la ambición, ó los que vuelven de la miseria y del crimen...

La mujer hermosa viene aquí á casarse ó á prostituirse.

La pasiega deshonrada á criar.

El mayorazgo á arruinarse.

El literato por gloria.

El diputado á ser ministro.

El hombre inútil por un empleo.

Y el sabio, el inventor, el cómico, el gigante, el enano; así el que tiene una rareza en el alma, como el que la tiene en el cuerpo; lo mismo el monstruo de siete brazos ó de tres narices, que el filósofo de doble vista; el charlatán y el reformador; el que escribe melodías y el que hace

billetes falsos, todos vienen á vivir algún tiempo á esta inmensa casa de huéspedes.

Los que logran hacerse notar, los que encuentran quién los compre, los que se enriquecen á costa de sí mismos, se tornan en posaderos, en caseros, en dueños de Madrid, olvidándose del suelo en que nacieran...

Pero nosotros, los caminantes, los inquilinos, los forasteros, nos damos cuenta en esta noche de que Madrid es un vivac, un destierro, una prisión, un purgatorio...

Y por la primera vez en todo el año conocemos que ni el café, ni el teatro, ni el casino, ni la fonda, ni la tertulia son nuestra casa.

Es más; ¡conocemos que nuestra casa no es nuestra casa!

VII

La *casa*, aquella mansión tan sagrada para el patriarca antiguo, para el ciudadano romano, para el señor feudal, para el árabe; la *casa*, arca santa de los penates, templo de la hospitalidad, tronco de la raza, altar de la familia, ha desaparecido completamente en las capitales modernas.

La *casa* existe todavía en los pueblos de provincia.

En ellos, nuestra casa es casi siempre nuestra.

En Madrid casi siempre es del casero.

En provincias, cuando menos la casa nos alberga veinte, treinta, cuarenta años seguidos.

En Madrid se muda de casa todos los meses, ó cuando menos todos los años.

En provincias, la fisonomía de la casa siempre es igual, simpática, cariñosa; envejece con nosotros, nos recuerda nuestra vida... conserva nuestras huellas...

En Madrid se revoca la fachada todos los años bisieles, se visten las habitaciones con ropa limpia, se venden los muebles que consagró nuestro contacto.

Allí, nos pertenece todo el edificio; el hierboso patio, el corral lleno de gallinas, la alegre azotea, el profundo pozo, terror de los niños, la torre monumental, los anchos y frescos cenadores...

Aquí, habitamos medio piso forrado de papel, partido en tugurios, sin vista al cielo, pobre de aire, pobre de luz...

Allí, existe el afecto de la vecindad, término medio entre la amistad y el parentesco, que enlaza á todas las familias de una misma calle...

¡Aquí, no conocemos al que hace ruido sobre nuestro techo, ni al que se muere detrás de nuestra alcoba, y cuyo estertor nos quita el sueño!

En provincias todo es recuerdos, todo amor local: en un lado, la habitación donde nacimos; en otro, la en que murió nuestro hermano; por una parte, la pieza sin muebles en que jugábamos cuando niños; por otra, el gabinete en que hicimos los primeros versos... y en un sitio dado, en la cornisa de una columna, en un artesonado antiguo, el nido de golondrinas, al cual vienen todos los años dos fieles esposos, dos pájaros de Africa á criar una nueva prole...

En Madrid se desconoce todo esto.

¿Y la chimenea? ¿Y el hogar? ¿Y aquella piedra sacrosanta, fría en el verano y durante las ausencias, caliente y acariciadora en el invierno,—en aquellas noches felices que ven la reunión de todos los hijos en torno de sus padres, pues hay vacaciones en el colegio, y los casados han acudido con sus pequeñuelos, y los ausentes, los hijos pródigos, han vuelto al seno de su familia? ¿Y ese hogar?... decidme... ¿Dónde está ese hogar en las casas de la corte?

¿Será un hogar acaso la chimenea francesa, fábrica de bronce, mármol y hierro, que se vende en las tiendas al por mayor y al pormenor, y hasta se alquilaría en caso necesario?

¡La chimenea francesa! ¡He aquí el símbolo de una familia cortesana! ¡He aquí vuestro hogar, madrileños! ¡Hogar sujeto á la moda; que se vende cuando está antiguo; que muda de habitación, de calle y de patria: hogar, en fin, (y esto lo dice todo), que se empeña en un día de apuro!

VIII

He pasado por una calle y he oído cantar sobre mi cabeza, entre el ruido de copas y de platos y las risas de alegres muchachas, la copla fatídica de mi abuela:

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va,
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

—He ahí, me he dicho, una casa, un hogar, una alegría, un amor, una sopa de almendra y un besugo que pudiera comprar por tres ó cuatro napoleones.

En esto, me ha pedido limosna una madre que llevaba dos niños: uno en brazos, envuelto en su deshilachado mantón, y otro más grande, cogido de la mano. Ambos lloraban, y la madre también.

IX

No sé cómo he venido á parar á este café, donde oigo sonar las doce de la noche, la hora del Nacimiento.

Aquí, solo, aunque bulle á mi alrededor mucha gente, he dado en analizar la vida que llevo desde que abandoné la casa paterna, y me ha horrorizado por la primera vez esta penosa lucha del poeta en Madrid, lucha en que sacrifica á una vana ambición tanta paz, tantos afectos.

¡Y he visto á los vates del siglo XIX convertidos en gacetilleros; á la Musa con las tijeras en la mano despedazando *suetos*; á los que en otros siglos hubieran cantado la epopeya de la patria, zurcir hoy *artículos de fondo* para rehabilitar un *partido*, y ganar cincuenta duros mensuales!...

¡Pobres hijos de Dios! ¡Pobres poetas!

Dice Antonio Trueba (á quien dedico este artículo):

Hallo tantas espinas
en mi jornada,
que el corazón me duele,
me duele el alma!...

¡He aquí mi *Nochebuena* del presente, mi *Nochebuena* de hoy!

Luego he tornado otra vez la vista á las *Nochebuenas* de mi pasado, y, atravesando la distancia con el pensamiento, he visto á mi familia, que en esta hora patética me echará de menos; á mi madre, estremeciéndose cada vez que gime el viento en el cañón de la chimenea, como si aquel gemido pudiera ser el último de mi vida: á unos diciendo: «¡Tal año estaba aquí!»; á otros: «¿Dónde estará ahora?...»

¡Ay! ¡No puedo más! ¡Yo os saludo á todos con el alma, queridos míos! Sí: yo soy un ingrato, un ambicioso, un mal hermano, un mal hijo!... Pero ¡ay! otra vez, y ¡ay cien mil veces! Yo siento en mí una fuerza sobrenatural que me lleva hacia adelante y que me dice: «¡Tú serás!» ¡Voz de maldición que estoy oyendo desde

que yacía en la cuna! ¿Y qué he de ser yo, desdichado? ¿Qué he de ser?

Y nosotros nos iremos,
y no volveremos más.

¡Ah! Yo no quiero irme, yo quiero volver; inmolado demasiado en la contienda para no salir victorioso; triunfaré en la vida y triunfaré de la muerte. ¿No ha de tener recompensas esta infinita angustia de mi alma?

Es muy tarde.

La copla de la difunta sigue revoloteando sobre mi cabeza.

La Nochebuena se viene...

¡Ah! ¡sí! ¡Vendrán otras *Nochebuenas!* me he dicho, reparando en mis pocos años.

Y he pensado en las *Nochebuenas* de mi porvenir.

Y he empezado á formar castillos en el aire.

Y me he visto en el seno de una familia venidera, en el segundo crepúsculo de la vida, cuando ya son frutos, las flores del amor.

Ya se había calmado esta tempestad de amor y lágrimas en que zozobro, y mi cabeza reposaba tranquila en el regazo de la paciencia, ceñida con las flores melancólicas de los últimos y verdaderos amores.

¡Yo era ya un esposo, un padre, el jefe de una casa, de una familia!

El fuego de un hogar desconocido ha brillado á lo lejos, y á su vacilante luz he visto á unos seres extraños que me han hecho palpitar de orgullo.

¡Eran mis hijos!...

Entonces he llorado...

Y he cerrado los ojos para seguir viendo aquella claridad rojiza, aquella profética aparición, aquellos seres que no han nacido...

La tumba estaba ya muy próxima... Mis cabellos blanqueaban...

Pero ¿qué importaba ya? ¿No dejaba la mitad de mi alma en la madre de mis hijos? ¿No dejaba la mitad de mi vida en aquellos hijos de mi amor?

¡Ay! En vano quise reconocer á la esposa que compartía allí conmigo el anochecer de la existencia...

La futura compañera que Dios me tenga destinada era desconocida de mi porvenir, me volvía la espalda en aquel momento...

¡No: no la veía!... Quise buscar un reflejo de sus facciones en el rostro de nuestros hijos, y el hogar empezó á apagarse.

Y cuando se apagó completamente yo seguía viéndolo...

¡Era que sentía su calor dentro de mi alma!

Entonces murmuré por última vez:

La nochebuena se va...

Y me quedé dormido... quizá muerto.

Cuando desperté, se había ido ya la *Nochebuena*.

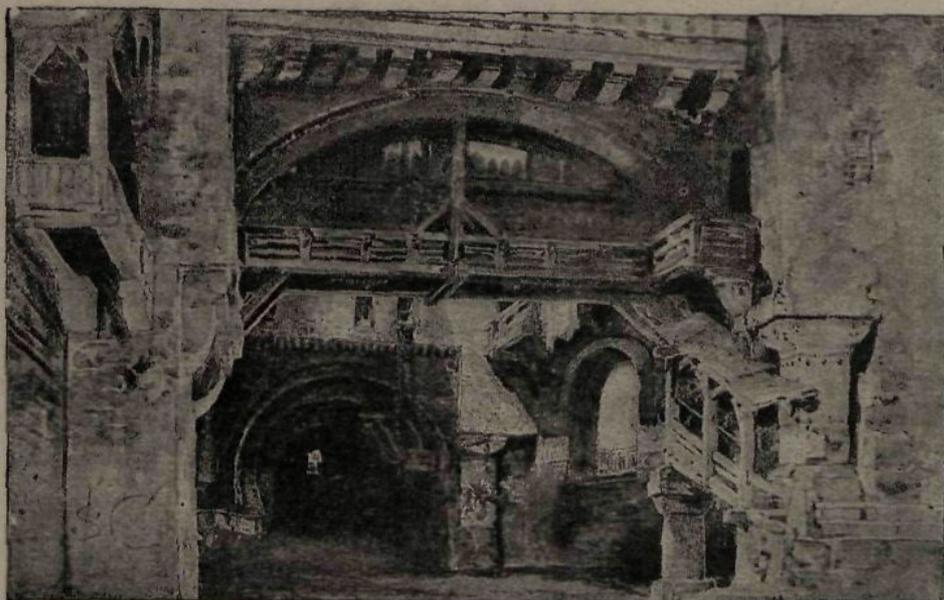
Era el primer día de Pascua.

PEDRO A. DE ALARCÓN.

Madrid, 1855.



El viejo músico



Decoración del acto segundo de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth

PARSIFAL

DE

RICARDO WAGNER

(CONTINUACIÓN)

ACTO SEGUNDO

Castillo encantado de Klingsor.—Mazmorra interior de una torre alta por lo alto; peñaños de piedra llevan á las almenas exteriores de la torre; oscuridad en el fondo, mirando desde las obras exteriores de la torre, representadas por el suelo del escenario. Instrumentos mágicos y otros nigrománticos.—Klingsor aparece en un lado de la parte exterior de la muralla, sentado delante de un espejo metálico.

KLINGSOR

Cumplióse el plazo!... Mi castillo encantado atrae ya á los insensatos que, dando gritos de júbilo como los niños, se aproximan á mi vista desde lejos... Mi maldición pesa cada vez más pesada en un letargo mortal, que cuando quiero, me tortura y yo, en torturas y angustias corporales... ¡Arriba, arriba! ¡Trabaja! ¡Bájase hacia el centro de la escena, y llévale allí perfumes, que llenan en seguida con un vapor espeso una parte del fondo. Después torna á su anterior posición, y con gesto misterioso evoca el Abismo): ¡Arriba!... ¡Arriba!... ¡Acércate á mí! ¡Llámate tu dueño, Sin nombre, el más antiguo del Infierno! ¡Rosa de las tinieblas! ¡Eras Herodías, y lo eres todavía! ¡Gundrigia allí, aquí! ¡Ven aquí: hacia acá, hacia acá, pues, Kundry! ¡Anda! ¡Ven á tu dueño! (La forma de Kundry aparece en un haz de luz azulada. Prorrumpe en un grito horrible, como si fuera una persona medio despierta de una angustiosa pesadilla)

¿Despiertas? ¡Ya! ¡Hoy, en ocasión conveniente, obedecerás de nuevo mi mandato! (La figura de Kundry hace un grito lastimero, que comienza con inusitada violencia, y termina en gemidos inarticulados). ¿Dirás en voz alta que vagabas de nuevo? ¡Ya! Allí, en los conciliábulos de los caballeros, en donde consientes que te traten como bestia. ¿No te agrada más vivir conmigo? Cuando me deraste en mi provecho de su Maestro... ¡ja! ¡ja!... ¡Klingsor inocente del Graal... ¿qué te obligó á abandonar otra vez?

KUNDRY

(Con trabajo y tartamudeando, como si intentara recordar el habla). ¡Ay de mí!... ¡ay de mí!... ¡Noche oscura!... ¡delirio!... ¡Oh!... ¡rabia!... ¡Oh dolor!... ¡sueño!... ¡sueño!... ¡sueño profundo!... ¡muerte!...

KLINGSOR

¿Te despertó otro? ¿Oyes?

KUNDRY

(Como antes). Sí... mi maldición... ¡oh!... ¡suspirar!... ¡suspirar!...

KLINGSOR

¡Ja! ¡ja!... ¿Allí, en busca de castos caballeros?

KUNDRY

¡Allí!... ¡allí!... te servía!

KLINGSOR

¡Ya! ¡ya! ¿Sin enmendar el daño que tu maldad les había causado? No te ayudan: todos se venden, si se les ofrece justo precio. El más fuerte cae, y se abandona en tus brazos: y así también cayó la lanza, que yo mismo sustraje á su Maestro... Ahora hay que contrastar al más peligroso: ampáralo el escudo de la insensatez.

KUNDRY

¡Yo!... no quiero... ¡Oh!... ¡oh!...

KLINGSOR

Bien querrás, porque no puedes otra cosa.

KUNDRY

Tú... no puedes... obligarme.

KLINGSOR

Pero sí forzarte.



¡Santa noche!

CUADRO DE J. SCHRADER

KUNDRY

¿Tú?

KLINGSOR

¡Tu maestro!

KUNDRY

¿Con qué poder?

KLINGSOR

¿Con qué poder? Porque el tuyo solo conmigo es im-
potente.

KUNDRY

(*Riéndose á gritos*). ¡Jal! ¡jal!... ¿Eres casto?

KLINGSOR

(*Furioso*). ¿Por qué me lo preguntas, mujer maldita?...
(*Quédase abismado en un furor sombrío*). ¡Terrible necesi-
dad!... Así se burla ahora de mí el demonio, porque
ahelé un día contarme entre los santos. ¡Terrible necesi-
dad!... *Castigo de una ambición desapoderada!*... ¡Horri-
ble é infernal aguijón, que, llenándome de pavor, me
fuerza á guardar mortal silencio!... ¿Se burla, y se ríe
ahora de mí en voz alta por tu causa, esposa del ángel de
las tinieblas? ¡Guárdate, pues! Uno ha expiado su burla
y su desprecio: el orgulloso, que, escudado en su santidad,
me separó un tiempo de su lado, verá ahora que su raza,
ya en mi poder, que el defensor de los santos, languide-
cerá sin rescate por mi obra; y pronto, según presumo, yo
mismo seré el defensor del Graal... ¡Jal! ¡jal!... ¿Te agrada-
ba mucho, Amfortas, ese héroe, tu compañero de pla-
ceres?

KUNDRY

¡Oh!... ¡Ay de mí!... ¡ay de mí!... Débil él también.
¡Débiles... todos! ¡todos caen por la virtud de mi maldi-
ción!... ¡Sueño eterno, única salud! ¿cómo... cómo po-
seerte?

KLINGSOR

¡Ya! Quien te resistiera, le libertaba: ensáyate ahora
con ese mancebo, que se acerca.

KUNDRY

¿Yo?... ¡no quiero!

KLINGSOR

¡Ahora trepa ya hacia el burgo!

KUNDRY

¡Oh! ¡ay de mí! ¡ay de mí! ¿Despertar yo para esto?
¿Debo yo?... ¿lo debo?...

KLINGSOR

(*Que ha subido á la muralla de la torre*). ¡Hola! ¡apues-
to es el mancebo!

KUNDRY

¡Oh!... ¡oh!... ¡ay de mí!

KLINGSOR

(*Toca un cuerno, volviéndose hacia fuera*). ¡Alerta!
¡alerta!... ¡Centinelas! ¡caballeros! ¡héroe!... ¡Arribal!...
¡Los enemigos se acercan!... (*Oyense fuera voces y estré-
pito de armas*). Sí... ¡Cómo acorren á la muralla los jura-
mentados caballeros para defender sus bellos demo-
nios!... ¡Así... con valor... con valor!... ¡Hola!... No los
teme... al héroe Ferris ha arrancado las armas, y acomete
con ellas al escuadrón de combatientes. (*Kundry comienza
á reírse á carcajadas*). ¡Poco sirve á los torpes su celo!
A uno hiere en los brazos... á otro en el muslo... ¡Hola!...
Ceden... huyen... retíranse todos heridos... ¿Cómo con-
sentirlo yo? ¡Ojalá que todo el linaje de los caballeros se
degüellen así unos á otros!... Vedlo cuán orgulloso se
tiene en las almenas... ¡Cuán risueñas parecen las rosas
de sus mejillas al recorrer sus miradas inocentes ese jardín
solitario!... ¡Eh! ¡Kundry!... (*Vuélyese entonces Kundry,
presa de una risa convulsiva, prorrumpe al cabo en un grito
de dolor, también convulsivo; su figura desaparece de repente;*

la luz azulada se extingue; en el fondo, oscuridad completa).
¿Cómo? ¿En la obra ya?... ¡Hola! Bien conocía yo el
encanto, que te asocia fatalmente á mi servicio... ¡Tú
allí, tierno renuevo! ¡Sea cual fuese... la profecía... has
caído en mi poder, demasiado joven y demasiado torpe...
de mí depende sólo arrebatarte tu inocencia! (*Desaparece
lentamente con la torre, y la escena se transforma en un jar-
dín encantado. Vegetación tropical; abundantísimas flores;
las almenas de las murallas del burgo limitan el fondo, obser-
vándose en uno de sus lados las obras avanzadas del castillo,
de estilo árabe puro, con azoteas ó terrazas.*

*Parsifal aparece en la muralla, mirando absorto al jar-
dín.—Hermosas doncellas acuden de todas partes en tropel,
así del jardín como del palacio, aisladas y sin orden al prin-
cipio, y después en mayor número: sus vestiduras son ligeras,
como si despertasen asustadas del lecho.*

DONCELLAS

(*Que vienen del jardín*). ¡Aquí el estrépito, las voces
descompuestas, el ruido de las armas!

DONCELLAS

(*Que vienen del castillo*). ¡Ay de mí! ¡Venganza! ¡So-
corro! ¿En dónde está el criminal?

UNA DE ELLAS

¡Herido mi amante!

OTRA

¿Dónde está el mío?

OTRA

¡Desperté sola! ¿Adónde huyó?

OTRAS, QUE LE SUCEDEN

Allá en el salón... llenos de sangre... ¡ay de mí! ¿Quién
es su enemigo! ¡Vedlo! ¡Vedlo! ¿La espada de mi Fe-
rris?... Lo ví atacar el burgo... oí el cuerno del Maestre.
Mi héroe acudió allí, vinieron todos, y á todos recibió
llenando de sangre sus armas. ¡El atrevido! ¡el enemigo!
Todos huyeron... ¡Tú allí! ¡tú allí! ¿Por qué nos traes
tal aflicción? ¡Maldito, maldito seas! (*Parsifal penetra más
en el jardín*).

LAS DONCELLAS

¡Atrevido! ¿te atreves á desafiarnos? ¿Por qué has
herido á nuestros amantes?

PARSIFAL

(*Lleno de admiración*). ¿No me he visto obligado á
herirlos, bellas niñas? Oponíanse á que llegara hasta vos-
otras, que sois tan lindas.

LAS DONCELLAS

¿Nos buscabas á nosotras? ¿Nos habías visto ya?

PARSIFAL

Jamás había visto criaturas tan bellas. ¿No tengo razón
al llamaros así?

LAS DONCELLAS

(*Pasando de su admiración á la calma*). ¿No quieres,
pues, ofendernos?

PARSIFAL

¡De ninguna manera!

LAS DONCELLAS

Sin embargo, nos has ofendido mucho; has herido á
nuestros amantes. ¿Quién jugará ahora con nosotras?

PARSIFAL

Yo, con la mejor voluntad.

LAS DONCELLAS

(*Riéndose*). Si eres tan bueno, no te alejes de nosotras,
y si no nos engañas, nosotras te recompensaremos: no
jugamos por ganar oro, sino el premio del amor: si deseas
consolarnos, antes has de merecerlo. (*Algunas, que se han*

refugiado entre los matorrales, se presentan ahora como vestidas de flores ó pareciendo serlo).

LAS DONCELLAS COMPUESTAS

(Aisladamente). ¡Dejad á ese mancebo!... ¡A mí me pertenece!... ¡No!... ¡No!... ¡A mí!... ¡A mí!...

LAS OTRAS DONCELLAS

¡Ah! ¡las taimadas!... Se han compuesto en secreto. *(Éstas desaparecen también, y regresan en seguida adornadas también con flores).*

LAS DONCELLAS

(Dando vueltas alrededor de Parsifal, como juegan las niñas, y rozando suavemente sus mejillas y su barba). ¡Vén! ¡Vén, lindo mancebo! ¡Sólo florezco para tí! Mi amoroso anhelo te llenará de placer.

PARSIFAL

(Tranquilo en medio de ellas). ¡Qué perfume tan grato! ¿Sois acaso flores?

LAS DONCELLAS

(Ya una á una, ya muchas juntas). El Maestre nos siega en la primavera, llevándose los aromas y la gala de este jardín; crecemos aquí al sol del estío, y para servirte de deleite. Sé benigno para nosotras, muéstrate nuestro amigo, y no seas avaro en dar su premio á las flores; si tú no nos amas y enamoras, nos marchitaremos y moriremos.

1.^a DONCELLA

¡Oprimeme contra tu pecho!

2.^a DONCELLA

¡Déjame refrescar tu frente!

3.^a DONCELLA

¿Podré tocar tus mejillas?

4.^a DONCELLA

¿Me permites besar tus labios?



Decoración del acto segundo de *Parsifal*, en el teatro de Baireuth

5.^a DONCELLA

¡No, yo! ¡Yo soy la más bella!

6.^a DONCELLA

¡Acércate á mí! ¿No es más grato mi perfume?

PARSIFAL

(Defendiéndose dulcemente de sus ataques). Guirnalda de flores tan osada como bella, si he de jugar con vosotras, ¿cómo me estrecháis de esta manera?

LAS DONCELLAS

¿Por qué te enfadas?

PARSIFAL

Porque vosotras disputáis.

LAS DONCELLAS

¡Por tí, nuestro galardón!

PARSIFAL

Renunciad á esa lucha.

1.^a DONCELLA

(A la segunda). ¡Véte! ¿No ves que me prefiere á todas?

2.^a DONCELLA

¡No, á mí!

3.^a DONCELLA

¡Más bien á mí!

4.^a DONCELLA

¡No, á mí!

1.^a DONCELLA

(A Parsifal). ¿Me aborreces, acaso?

2.^a DONCELLA

¿Tienes miedo de mí?

1.^a DONCELLA

¿Eres cobarde con las mujeres?

2.^a DONCELLA

¿No confías en tus propias fuerzas?

MUCHAS DONCELLAS

¡Qué tímido! ¡qué frío! ¡qué cobarde eres!

OTRAS DONCELLAS

¿Consentirás que luchen las flores por una mariposa?

PRIMERA MITAD

¡Dejad á ese insensato!

UNA DONCELLA

¡Por perdido lo doy!

OTRAS

¡Para nosotras está destinado!

OTRAS

¡No, para nosotras!... ¡No, para mí!... ¡También para mí!... ¡Vén, vén!...

PARSIFAL

(Que de mal talante intenta huir, ya por aversión, ya por timidez). ¡Dejadme! ¡No os apoderaréis de mí! *(Al lado de un bosquecillo de flores se oye la voz de*

KUNDRY

¡Parsifal... quédate allí! *(Las doncellas se asustan, y se detienen. Parsifal, admirado, guarda silencio).*

PARSIFAL

¿Parsifal?... Así, una sola vez, me llamó soñando mi madre...

LA VOZ DE KUNDRY

¡Detente ahí, Parsifal!... El placer y el supremo bien te aguardan... ¡Apartaos de él, rivales infantiles: flores tan pronto marchitas, ¡ese juego no era para vosotras! Regresad á vuestras moradas á curar los heridos: algunos héroes os aguardan solitarios.

LAS DONCELLAS

(Alejándose de Parsifal lentamente y con temor). ¿Abandonarte?... ¿Huir de tí?... ¡Ay de mí! ¡cuán grande es mi pena! ¡De todos quisiera yo separarme, y estar sola contigo! ¡Adiós! ¡adiós! ¡adiós, hermoso mancebo!... ¡Adiós, mancebo orgulloso!... ¡Adiós... insensato! *(Al pronunciar las últimas palabras se retiran hacia el castillo sin dejar de reirse).*

PARSIFAL

Todo esto... ¿lo he soñado ahora? *(Vuélvese con timidez hacia el lugar, en donde suena la voz. Una mujer joven, de singular hermosura, se presenta allí al descubrirse el bosquecillo.—Kundry, en forma muy diversa, ofrécese á la vista en un lecho de flores, vestida ligeramente con un traje fantástico, parecido á los de traza árabe).**(Todavía lejos).* ¿Me llamas cuando no tengo nombre?

KUNDRY

Fal... *parsi...* te llamaba yo, insensato inocente... *Parsifal*, inocente insensato. Así llamaba Gamuret, cuando desapareció en la Arabia, al hijo á quien apellidó moribundo con este nombre, todavía en el seno de su madre. Esperábase aquí para decírtelo: ¿qué puede traerte á este lugar sino el deseo de saberlo?

PARSIFAL

Nunca ví, nunca soñé siquiera lo que ahora veo, y lo que llena mi alma de inquietud. ¿Despojaste de sus más bellas galas á esta floresta?

KUNDRY

¡No, Parsifal, insensato inocente! Lejos, muy lejos está mi patria... sólo me he detenido aquí para hablarte. Yo vengo de muy lejos, en donde he visto muchas cosas. Yo ví al niño en el regazo de su madre, y todavía resuena en mi oído, con deleite, su primer llanto; ¡cómo, llena de aflicción, sonreía también Corazón Traspasado, cuando la alegría de sus ojos aliviaba también sus dolores! Recostado suavemente en el blando musgo, dormíalo encantada con sus caricias, y, á pesar de sus penas, madre cariñosa, celaba su sueño, despertándolo por la mañana el tibio rocío de las lágrimas maternales. Llorar era su destino, y sufrir tormentos infinitos por el amor que tenía á tu padre, y por su triste muerte; precaverte de igual fin era sólo la ley que presidía á sus acciones: anhelaba alejarte del ruido de las armas, de las luchas y de la rabia de los hombres, no siendo otro su afán ni su cuidado. El temor y la inquietud, ¡ay de mí! eran su único alimento: tú no debías saber nada. ¿No escuchas, acaso, todavía sus quejas cuando te alejabas de ella y regresabas tarde? ¡Cuánto

era su deleite, cuánta su alegría al encontrarte después de sus fatigas! Cuando sus brazos te estrechaban, á pesar de tu enojo, ¿te afligían acaso sus besos?... Tú ignorabas sus padecimientos y los extremos de su pena, cuando te ausentaste para siempre, y se perdieron por completo tus huellas: esperaba noche y día, y muda ya su garganta, y acallados sus dolores con su anhelo, sólo pedía una muerte tranquila: tales torturas destruyeron su pecho, y al fin... murió... Corazón Traspasado...

PARSIFAL

(Más y más pensativo, cae al fin en tierra á los pies de Kundry, agobiado por estos recuerdos). ¡Ay! ¡ay de mí! ¿Qué hice? ¿en dónde estaba yo? ¡Madre mía! Tierna y cariñosa madre mía. Tu hijo, tu hijo, ¿había de ser tu asesino? ¡Oh insensato! ¡estúpido, temerario insensato! ¿En dónde, pues, vagabas olvidado de ella? ¡Olvidado de tí, de tí, madre tan amante como cara!

KUNDRY

(Siempre recostada, se inclina sobre la cabeza de Parsifal, toca con dulzura su frente, y abraza cariñosamente su cuello). El dolor era para tí desconocido, y las caricias consoladoras aún no habían aliviado tu dolor: la pena, que te atormentaba, el arrepentimiento de tu falta, truécalo ahora en cariño, truécalo en amor.

PARSIFAL

(Turbado). ¿Podía yo olvidar á mi madre? ¡Ay de mí! ¿Cómo no olvidarlo todo? ¿Qué podré yo recordar? Una insensatez estúpida se alberga sólo en mi alma. *(Déjase caer más).*

KUNDRY

El arrepentimiento borra la culpa y sus huellas. La conciencia de la propia falta transforma al estúpido en sensato: aprende ahora lo que es amor, la pasión de Gamuret, cuando el fuego de Corazón Traspasado lo abrasaba, y lo hacía feliz: de ella recibiste el cuerpo y la vida, presa de la locura y de la muerte; pero hoy te ofrece... postrear emblema del cariño maternal... su bendición y el último adiós... y el amor... ¡su primer beso! *(Apoya su cabeza en la de Parsifal, y oprime largo tiempo sus labios dándole un ardiente beso).*

PARSIFAL

(Se levanta de improviso, expresando el horror más profundo. Su postura indica un cambio terrible en su interior; apoya fuertemente la mano contra el corazón, como si se lo desgarrara intenso dolor, al fin dice:) ¡Amfortas!... ¡la herida!... ¡la herida!... ¡me abrasa el corazón!... ¡Oh! ¡lamento, lamento, terrible lamento, da voces desde lo más recóndito de mi ser! ¡Oh!... ¡oh!... ¡miserable!... ¡el más digno de lástima!... ¡Yo ví sangrar la herida!... ahora me sangra á mí también... ¡aquí!... ¡aquí!... *(Mientras Kundry lo mira fijamente asustada y atónita, prosigue Parsifal dominado por su emoción).* ¡No! ¡no! ¡no es la herida, aunque la sangre corra á raudales! ¡Aquí... aquí siento el fuego, en el corazón!¡Angustia, angustia formidable que se apodera de mis sentidos, y los tortura sin piedad! ¡Oh!... tormentos del amor. ¡Cómo se estremece todo! ¡cómo tiembla y se agita, estimulado por concupiscencias pecadoras!... *(Con lentitud, y como horrorizado).* Su mirada fija en el vaso de salvación... la sangre divina bulle;... afán de rescate, placer celestial se enseorea de todas las almas: sólo aquí en el corazón no se alivia el dolor. Ahora oigo yo los lamentos del Salvador, la queja ¡ay de mí! la queja, eco de la inocencia vendida por el pecado... «rescátame, sálvame de estas manos culpables.» Así resuenan en mi alma, llenándome de pavor, los lamentos divinos. ¿Y yo? ¡el loco, el cobarde! yo huí en pos de groseros placeres juveniles. *(Arrodillase desesperado).* ¡Redentor! ¡Salvador! ¡Señor, digno de todo homenaje! ¿cómo, pecador, expiaré yo tan grave crimen?

KUNDRY

(Cuya admiración se ha trocado en éxtasis apasionado, intenta acercarse tímidamente á Parsifal). ¡Héroe ilustre, aparta de tí esa sospecha! ¡Muéstrate benévolo con quien, acercándose á tí, te adora!

PARSIFAL

(*Que, siempre inclinado, mira á Kundry con fijeza, mientras ésta se aproxima á él, y hace gestos de cariño, que él comenta de este modo:*) ¡Sí! esta voz. Así lo llamaba;... esta mirada la reconozco con toda claridad, y al otro, á quien tan odiosamente sonreía. Los labios;... sí, con ellos lo engañaba;... así se inclinaba también su rostro;... así alzaba osado su cabeza;... así flotaban sus cabellos juguete del viento;... así oprimía su cuello con los brazos;... así lo provocaban sus mejillas... presa de todos los dolores, aspiraba de su boca la salud del alma... ¡Ah!... ¡este beso!... (*Levántase lentamente al pronunciar las últimas palabras, y al cabo, con un ademán violento, rechaza á Kundry con energía.*) ¡Seductora! ¡aléjate de mí! ¡Siempre! ¡lejos siempre de mí!

KUNDRY

(*Con profunda pasión.*) ¡Cruel!... ¡ay!... Si tú sólo sientes en tu corazón los dolores ajenos, aprecia también los míos. Si tú eres redentor ¿qué impide ¡oh malvado! que seas también para mí puente de salvación? ¡Tiempo eterno hace... que te espero, ya que, ¡ay de mí! es demasiado tarde para aguardar al Salvador despreciado antes por mí con sobrada osadía... ¡Oh!... Si supieras qué maldición me persigue, despierta y dormida, muerta y viva, triste y risueña, atormentándome siempre bajo nuevas formas, y penetrando al fin en lo más íntimo de mi ser?... Lo ví... lo ví... y... sonrió... Sus ojos me traspasaron... Todo mi anhelo es ahora correr de un mundo á otro para encontrarlo: en tan extrema angustia imaginaba que sus ojos se acercaban á mí, que sus miradas se fijaban en mí sin descanso;... su sonrisa siniestra encontraba luego tan sólo... otro pecador descansaba de nuevo en mis brazos. Por eso se sonrió... por eso sonrió... sin poder nunca llorar: sólo dar voces, encolerizarme, alborotar, delirar, en suma, en una noche de torturas siempre renovadas, de la cual nunca puedo despertar satisfecha... Déjame llorar en el seno de quien ha de aliviar mis sufrimientos mortales, de aquel, á quien reconozco, de aquel á quien desprecié estúpidamente; déjame una sola hora unirme á tí, y ya que Dios y el mundo me rechazan, expiar contigo mis pecados, y ser al fin rescatada por tí.

PARSIFAL

Eternamente te condenarías conmigo, si en tus brazos seductores olvidase mi misión una sola hora... Vengo también para salvarte, si puedes despojarte de tus deseos. El remedio de tu dolor no lo hallarás en la fuente de donde mana: jamás te salvarás, si no se agota aquélla. Hay otra... otra ¡ay de mí! que buscaba yo triste con inextinguible ardor, allí, en donde hermanos en horrible lucha se atormentan y perecen. Sin embargo, ¿quién puede conocer la onda límpida y clara, origen de todo bien? ¡Oh desdicha! ¡destino funesto de toda redención! ¡Oh sombras, que envolvéis los pensamientos humanos! Con ansias ardientes de lograr el sumo bien, sólo buscamos la raíz de nuestro mal.

KUNDRY

¿Debes acaso á mi beso el contemplar tan claramente las cosas humanas? ¿La influencia de mi amor inagotable te impulsa á desear la divinidad? Tú eres hoy quien rescata al universo... erígete en Dios una sola hora, y déjame á mí condenada para siempre, y cúidate poco de mi eterna herida.

PARSIFAL

A tí también ¡oh mujer culpable! ofrezco yo la salvación.

KUNDRY

Deja que yo te ame, que eres mi Dios, y sólo entonces me salvarás.

PARSIFAL

Amor y redención habrá para tí... si me indicas el camino para encontrar á Amfortas.

KUNDRY

(*Dominada por la ira.*) ¡Jamás... lo encontrarás! Deja

morir al caído, al malaventurado, ávido de placeres, á quien yo despreciaba. ¿Acaso es ya suya la lanza que ha de curarlo?

PARSIFAL

¿Quién se atreverá á herirlo con un arma consagrada?

KUNDRY

Él, él... el que castigó un día mi sonrisa: su maldición ¡ay de mí! me dió su fuerza. Contra tí mismo esgrimiré yo mis armas, si honras al pecador con tu compasión... ¡Qué locura!... ¡Misericordia, misericordia para mí!... Sólo una hora mía... sólo una hora tuya... y en el camino... no faltará quién te guíe. (*Intenta abrazarlo.*)

PARSIFAL

(*Rechazándola enérgicamente.*) ¡Véte, desventurada!

KUNDRY

(*Desgarrándose el pecho y gritando delirante.*) ¡Socorro! ¡socorro! ¡Aquí! ¡Detened al culpable! ¡aquí! ¡Defended el camino! ¡Defended la senda!... Y tú, huye, seguro de que podrás encontrar todos los caminos del mundo, excepto el que buscas, porque éste no lo hallarás jamás... Las sendas y los caminos, que han de separarte de mí, los maldigo por tu amor. Vaga, vaga por ahí... cuando confiabas en que yo... te sirviera quizás de guía. (*Klingsor se presenta en las murallas, las doncellas acuden corriendo, é intentan acercarse á Kundry.*)

KLINGSOR

(*Blandiendo una lanza.*) ¡Alto ahí! Yo te detendré con el arma predestinada: para los insensatos, esta lanza de su Maestre. (*Despide la lanza que se queda suspendida sobre la cabeza de Parsifal, apoderándose de ella y blandiéndola, con gestos que indican su entusiasmo, y haciendo la señal de la cruz.*)

PARSIFAL

Con este signo deshago yo tus encantos: como cierre la herida que abriste con ella, tu poder engañoso se desvanecerá como una nube, y se transformará en llanto sin gemidos. (*El castillo desaparece como si se lo tragara un terremoto; el jardín se torna en desierto, y las doncellas, como flores marchitas, llenan el suelo.—Kundry cae también dando gritos, y Parsifal se dirige á ella desde lo alto de las murallas, diciendo:*

Ya conoces el único lugar en donde podrás verme otra vez. (*Desaparece, cayendo rápidamente el telón.*)

Traducido directamente del alemán, por

(*Concluirá.*)

E. DE MIER.

NUESTROS GRABADOS

¡Santa noche!

CUADRO DE J. SCHRADER

Al Señor en el portal de Belén y la adoración de los Reyes representa, en el cuadro que reproducimos grabado, el artista alemán J. Schrader, con un vigor en las figuras y una fuerza de luz que recuerdan á la vez las obras pictóricas de Rubens y de Rembrandt. ¿Qué podemos decir del infame suceso conmemorado en esta pintura? Cedemos la palabra á uno de los escritores clásicos de la literatura castellana, el P. Pedro de Rivadeneira, de la Compañía de Jesús, quien en su *Vida y misterios de Cristo Nuestro Señor* escribe lo siguiente:

«En aquella misma hora bienaventurada en que nació el Señor, se hizo fiesta en el cielo, y todos los ángeles vinieron á adorarle y reconocerle por su Príncipe y Señor y reparador de sus sillas y de las quiebras que los malos ángeles habían hecho en su caída. Y luego uno de ellos apareció á los pastores, que estaban velando sobre su grey, cabe una torre que se llamaba Heder, donde Jacob había apacentado sus ovejas, como una milla de Belén hacia Oriente, y les dió la regocijada nueva de la venida del Salvador del mundo y del lugar en que había nacido y donde le hallarían y las señas para conocerle. Ellos fueron al pesebre con gran presteza y alegría, y le hallaron y adoraron y contaron á los otros sus compañeros lo que habían hallado y visto. También al mismo punto nació una estrella en las partes de Oriente, que significaba haber nacido

la estrella de Jacob, profetizada por Balaán, para que los Reyes Magos, por la vista de una, se moviesen á buscar la otra que estaba encubierta en el portal de Belén; para que á los judíos y á los gentiles, á los pastores y á los reyes, á los pobres y á los ricos, á los que estaban cerca y á los que estaban lejos, fuese manifestado el que nació para todos, y le juntasen en la misma piedra angular las dos paredes que estaban tan apartadas y tan divisas. No falta quién contemple que otro ángel fué al limbo á anunciar á los Santos Padres que en él estaban, el nacimiento del Señor; aunque esto no lo dice el Sagrado Evangelio, pero sí dice que con aquel ángel que dió la nueva á los pastores se juntaron otros innumerables ángeles, cantando por los aires himnos y alabanzas al Rey nacido, y diciendo aquellas palabras tan llenas de misterios: *¡Gloria sea á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* para darnos á entender la gloria que se había de seguir á Dios por haberse tanto abatido y humillado, y la paz que habían de conseguir y de tener los hombres que de corazón y de grado se abrazasen con el Pacificador del mundo y debajo de su imperial bandera hiciesen guerra á su carne, al pecado y al demonio. De esta manera celebró el cielo y la tierra la Sacrosanta Natividad del Señor, porque era muy justo que todas las criaturas se regocijasen con la venida de su Criador, pues tanto por ella las había ennoblecido; y asimismo para que el hombre conociese que aquel Niño que parecía tan chiquito, tan tierno y tan flaco á los ojos de la carne, era Dios verdadero y Rey eterno, y por lo uno sacase la caridad y humildad del Señor y se la agradeciese é imitase; y por lo otro su soberana Majestad y Omnipotencia, y le temiese y se admirase; viendo que había sabido juntar en uno dos extremos tan distantes, como son Dios y hombre, Virgen y madre, eternidad y tiempo, cielo y tierra, muerte y vida y fe de tan incomprensibles misterios en corazón humano.»

El viejo músico

La Nochebuena lo es de regocijo en todos los países cristianos. Cantares tiernísimos óyense en ciudades y pueblos para glorificar al Señor de cielo y tierra en su nacimiento. La zampoña deja oír sus acordes en las aldeas, con el caramillo y los demás instrumentos pastoriles, mientras los vecinos se entregan al esparcimiento y acuden presurosos á oír la Misa del Gallo. El viejo músico tan hábilmente dibujado en la lámina que publicamos, acompañaría á buen seguro coplas y fervorines á los chicos que con él corren de casa en casa y de puerta en puerta para felicitar las Navidades á todos y sacar buenos aguinaldos de los más caritativos y rumbosos. ¡Con qué afición sopla el buen músico para sacar de su difícil instrumento los graves sonidos que tan á maravilla sirven para darle el tono y llevar el tiempo á un coro de monaguillos ó de capilla! Su expresiva cara descubre que no se ocupa en tocar el fagote por mero oficio, sino que le atribuye la importancia que reviste por el altísimo fin en que se emplea.

Mesa revuelta

El doctor Lagnau acaba de presentar á la Academia de Ciencias morales y políticas de Francia una Memoria acerca de las víctimas que han causado las guerras sostenidas por Francia desde la revolución de 1789.

Los datos que ofrece este estudio son interesantes y nuevos, pues hasta ahora no se había hecho estadística de exactitud aproximada acerca de la materia.

Según los datos reunidos por el doctor Lagnau, no son las balas las que causan más víctimas en la guerra. Por cada soldado que perece á consecuencia de sus heridas mueren siete ú ocho por causa de las enfermedades adquiridas en la campaña. Así, en la guerra de Crimea, de los 309,268 hombres del ejército expedicionario sucumbieron 95,615, de los cuales sólo 10,240 perecieron bajo el fuego de los rusos.

En el período que media desde 1791 á 1800 fueron llamados á prestar servicio militar, durante las continuas guerras sostenidas entonces, 2.080,000 hombres; cuando se hizo el censo en 1800, sólo quedaban 677,598. De manera que las guerras de la primera república costaron la vida á 1.400,000 hombres.

El consulado y el imperio fueron aún más lejos. Los historiadores más moderados calculan las víctimas en dos millones, otros las estiman en dos y medio, y M. Ch. Richet en tres.

Broca y Thiers calculan en un millón el número de muertos franceses, suponiendo que el resto correspondía á los aliados que sirvieron bajo las águilas del imperio.

Pero, prescindiendo de la nacionalidad, la cifra de las víctimas resulta la misma.

Desde 1800 á 1814 fueron llamados á prestar el servicio militar 4.556,000 franceses, y, como decía el general Foy, se entraba entonces en el ejército para no salir vivo.

Durante la restauración, la monarquía de Julio y la segunda república, Francia tuvo una época relativamente pacífica.

El segundo imperio abrió un nuevo período militar. Aunque se había fundado con el lema «El imperio es la paz,» lo cierto fué que no dejó un momento de hacer la guerra en Crimea, en Italia, en China, en Méjico, en todas partes, hasta llegar á la catástrofe de 1870.

La campaña de Italia, á pesar de las grandes batallas de Magenta y Solferino, no fué de las más sangrientas. Perecieron durante esta guerra unos 20,000 soldados, la mitad de ellos en los campos de batalla y la otra mitad en los hospitales.

La expedición á Méjico causó muchas víctimas, pero no puede determinarse con exactitud el número, pues el gobierno imperial ocultó cuidadosamente los datos relativos á aquella funesta empresa que tanto debilitó á Francia.

En suma: puede decirse que las guerras del segundo imperio, sin contar la franco-prusiana, hicieron morir á más de 300,000 hombres.

No es fácil tampoco determinar la cifra de las víctimas que ocasionó la terrible *débacle* del imperio. Se calcula que más de un millón de hombres sucumbió durante esta guerra:

* * *

Un mozo empleado en el matadero de cierta capital de provincia escribió á su familia una carta en la cual se leía el siguiente párrafo:

«Os escribo estas cortas líneas para deciros que el amo está muy contento de mí; ya me ha hecho sangrar varias veces, y por san Juan me hará desollar.»

* * *

Cierta ciudad hizo enormes gastos en fiestas é iluminaciones para obsequiar al rey en su tránsito. El mismo rey quedó sorprendido.

—La ciudad de... no ha hecho más que lo que debe, dijo un cortesano adulador.

—Es verdad, repuso con intención otro de la comitiva del rey, porque está debiendo todo lo que ha hecho.

* * *

Por qué se dijo.—*Ni la una ni las dos.*

Una mujer de un rústico Labrador tenía amores con un licenciado, el cual era compadre de su marido. Y el Labrador convidó un día á un par de perdices. Como la mujer las hubiese asado, y se tardasen, y á ella le creciese el apetito, se las comió. Venidos á comer, no tuvo otro remedio, sino dar á su marido la cuchilla que la amolase. Estando amolando acercóse el licenciado y díjole:

—Idos presto, señor, porque mi marido ha sabido de nuestros amores y os quiere cortar ambas orejas: ¿no veis como está amolando la cuchilla?

Él entonces dió á huir. Dijo la mujer:

—Marido, el compadre se lleva las perdices.

Saliendo el Labrador á la puerta con la cuchilla en la mano, decía:

—Compadre, á lo menos la una.

Respondió el licenciado:

—Ni la una ni las dos.

* * *

Por qué se dijo.—*Aun no me han dado la carne, ¿y ya me pides los huesos?*

Estando un colegial del colegio del Arzobispo de Sevilla, comiendo á la mesa, el racionero iba repartiendo sus raciones á cada uno: descuidóse de dar carne al dicho colegial; él no sabiendo de qué manera pedirla, vido que un gato le estaba maullando delante. Él entonces dijo á altas voces que el mismo racionero lo oyese:—¿Qué diablo me estás maullando y moliendo? El racionero aún no me ha dado la carne, ¿y tú te abalanzas con priesa á demandarme los huesos?

Un estudiante fué á bañarse al río y por poco se ahoga. Asustado del peligro que había corrido, dijo á sus camaradas que juraba no volver á meterse en el agua sin haber aprendido á nadar.

Para preservar de la humedad las paredes nuevas de yeso, hágase hervir aceite, dese un baño á las paredes construídas nuevamente, repitiendo esta operación cada tres días por dos ó tres veces; es decir, que se dé el segundo baño cuando esté seco el primero; y se harán pintar en seguida las paredes al óleo del color que se quiera. El aceite hirviendo, insinuándose en los poros del yeso, los tapa de manera que, no encontrando salida, la humedad queda concentrada en la pared y no puede producir los malos efectos de su exhalación.—Si la pared se pintara solamente al óleo, sin darle dichos baños, el color al óleo formaría á la verdad una capa que podría retener la disipación dañosa de la humedad, pero no estando aplicado más que sobre la superficie de la pared, la humedad se insinuaría á lo largo entre ésta y la capa de color, lo desencolaría y se resquebrajaría, dejando salir exhalaciones tan perjudiciales como las que se querían evitar.

Cuando se ha hecho uso del indicado preparativo, no debemos exponernos á habitar desde luego el aposento, sino esperar que el aceite esté bien seco. Sabido es cuantos accidentes ocasionan las pinturas al óleo cuando son frescas; pero necesitan poco tiempo para secarse, y mejor aún si el aceite es bueno y se deja correr el aire por el aposento. Puede también apresurarse la desecación del aceite y la disipación del olor fuerte é incómodo que despide, haciendo quemar heno en medio de los aposentos pintados.

Para destrucción de las hormigas, dese un baño de jarabe á muchos vasos, y colóquense abajo encima de los hormigueros; cada día se encontrarán millares de estos insectos pegados en los vasos, que se destruirán echándolos en agua hirviendo.

Muchas veces la lengua corta la cabeza.—PROVERBIO ÁRABE.

Hay ciertos oradores que después de hablar mucho sólo han probado una cosa; y es... que no debían haber hablado.—PETIT-SENN.

La simpatía es un principio de fascinación: de hombre á hombre conduce á la amistad; de hombre á mujer conduce al amor.—Entre dos personas simpáticas no hay, por lo común, semejanza de figura, ni de carácter, sino más bien desemejanza ó una especie de armonía de oposición. Dos literatos, dos poetas, dos hombres de talento, dos mujeres bonitas... rara vez simpatizan entre sí: al contrario.—Sucede en el orden moral lo que en el físico: los cuerpos cargados de una misma electricidad (positiva ó negativa) se repelen, y los cargados de electricidad distinta se atraen.—A. FÉE.

Adquirir el conocimiento de sí mismo es hacer provisión de indulgencia para los demás.—PETIT-SENN.

El hombre es rico desde el momento que ha sabido familiarizarse con la escasez.—EPICURO.

Si el hombre no quisiese otra cosa que ser feliz, lo lograría con facilidad; pero quiere ser más feliz que los otros, y esto ya es muy difícil, porque cree que los otros son más felices de lo que realmente son.—MONTESQUIEU.

Los más de los hombres tienen, como las plantas, propiedades ocultas que sólo la casualidad descubre.—LA ROCHEFOUCAULD.

Nadie debe avergonzarse de preguntar lo que no sabe.—MÁXIMA DE LOS ORIENTALES.

A los perezosos siempre les oiréis decir que tienen ganas de hacer algo.—VAUVENARGUES.

Recreos instructivos

Solución á la charada anterior:

TU-CÁN

Solución al logogrifo numérico:

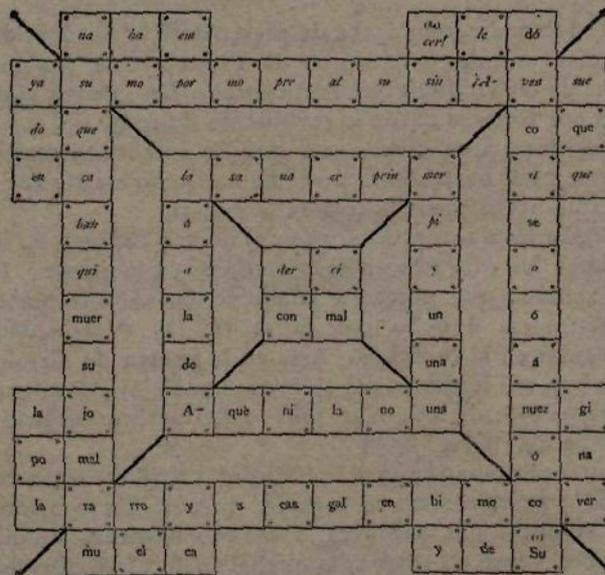
MADRID

CHARADA

Primera es un río histórico,
segunda un giro retórico
y el todo será, sin falta,
animal joven que salta.

T. V. O.

SALTO DE CABALLO



Principia en la 1.ª casilla y termina en la 84.

Comunicado por D. ANGEL SUERO, de Sevilla.

ADVERTENCIAS

Se admiten anuncios á precios convencionales. Aunque no se inserte no se devolverá ningún original. Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. Espasa y Comp.ª, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.